

Autobiografía de don Victorino Jiménez Sánchez, campesino zapatista (1899-1981)*

*Juan Pedro Viqueira**

P resentación

Las páginas que a continuación presentamos conforman la autobiografía de Victorino Jiménez Sánchez, campesino, zapatista desde los 14 años de edad, hombre de confianza de Rubén Jaramillo y miembro activo de la Coordinadora Independiente Nacional Plan de Ayala hasta su muerte acaecida en 1981, cuando tenía más de 80 años.¹ A través del relato de su vida, se perfilan con nitidez los avatares de las luchas sociales de los campesinos de Morelos durante el siglo XX.

En sus últimos años, don Victorino residía en una sencilla casa campesina en las afueras del pueblo de Atlacahualoya, ubicado en el extremo sur oriental del estado de Morelos. En esa casa vivía con su última mujer –Hermelinda Martínez Rodríguez– y con su hijastra –Carmen–, quien le ayudaba a cuidar la única vaca que tenía y a cultivar las pequeñas parcelas de ejido que había recibido como pago por el trabajo que había realizado en la construcción de una represa y de unos canales de riego. A pesar de su avanzada edad, don Victorino se mantenía muy activo políticamente: Participaba en la Unión de Ejidos de San Nicolás y asistía a las diversas reunio-

nes de la Coordinadora Independiente Nacional Plan de Ayala, aun cuando éstas tuvieran lugar en pueblos muy alejados de Morelos. Así, por ejemplo, acudió el encuentro que se llevó a cabo en Santa Fe de la Laguna, Michoacán, en 1980.

Conocí a don Victorino en 1974, cuando realizaba un trabajo de campo en Atlacahualoya, como parte de mis inacabados estudios en antropología social, en la Universidad Iberoamericana. En aquel entonces, don Victorino, junto con otros siete campesinos, había formado una cooperativa para crear, con el apoyo del gobierno, un pequeño establo lechero. Los ocho campesinos trabajaban en la construcción del local que habría de albergar más adelante a las vacas y que se hallaba en las afueras del pueblo. Cuando regresaba de realizar las entrevistas con los cultivadores de algodón del ejido, necesarias a mi trabajo de campo, me sentaba largos ratos a conversar con este hospitalario grupo de cooperativistas. A menudo comentábamos sobre la situación que vivía el vecino estado de Guerrero, a raíz de que el candidato a gobernador por parte del Partido de la Revolución Institucional (PRI) –Rubén Figueroa– había sido secuestrado por el célebre guerrillero Lucio Cabañas. Las intervenciones de don Victorino eran siempre notables tanto por la pasión con la que se expresaba como por la claridad de sus ideas. Otras veces, don Victorino narraba algunas de las aventuras que había vivido como zapatista durante la Revolución. Sin embargo, era evidente para todos que don Victorino no vivía de glorias pasadas, ence-

* Entrevista, transcripción, edición, presentación y notas, del autor del artículo.
Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.
viqueira@colmex.mx

rrado en sus recuerdos, sino que, por el contrario, seguía totalmente abierto al presente, con la vista puesta en el mañana.

En noviembre de 1980, regresé a Atlacahualoya para proponerle que grabáramos la historia de su vida. Don Victorino aceptó inmediatamente.

Al anochecer, nos sentamos a las afueras de su casa en unas pequeñas sillas, para disfrutar del aire fresco que soplaban, con su familia y su inseparable compañero de lucha, campesino como él, don Francisco Montaña. Ahí empezó a narrar su vida con una claridad y con una precisión asombrosas. Era obvio que don Victorino había reflexionado a menudo sobre su pasado y que, como suele suceder con las personas de edad, recordaba su infancia y su juventud con gran nitidez. Don Victorino le dio mucha importancia a la grabación y cuidó que no se perdiera una sola palabra de su narración. Vea en ella la posibilidad de dejar un testimonio de su participación en las luchas campesinas de Morelos.

Después de haber hecho esta grabación, no lo volví a ver. Cuando regresé a Atlacahualoya dos años después, su mujer me dio la triste noticia de su muerte. Después de una larga enfermedad, don Victorino había fallecido en su casa, el 22 de septiembre de 1981. Para el novenario de su muerte, habían acudido sus compañeros de lucha a rendirle un último homenaje. En el cementerio del pueblo, permanentemente cubierto de altas y frondosas hierbas, una pequeña cruz, clavada entre muchas otras, recuerda que ahí descansa el cuerpo de este infatigable defensor de los ideales zapatistas

Tepexco

Mi papá era de Chilapa, Guerrero, y mi mamá de Jantetelco, Morelos. En tiempos de Porfirio Díaz, cuando existía el gobierno de Porfirio Díaz, entonces se retiraron mis padres de Jantetelco para Tepexco. Como no les permitían que tuvieran el ganado, los de la hacienda de Santa Clara,² entonces tuvieron que buscar otro lado, libre —¿verdad?—. Entonces, se retiraron de allí y se fueron para Tepexco. Allá fui a nacer yo.

~~~~~

Mis padres tenían tierras. Nomás que la tierra era de temporal, es todavía. De riego solamente son unas playitas que había, que hay. Sembrábamos de riego, teníamos una hectárea. Lo demás era de temporal. Cuando compraron allí, compraron una huerta, y el ganado lo tenían en el cerro, ganado vacuno, y cabras también tenían. Y por todo eso se fueron para allá. Allí, a buscar.

Mi papá murió en Jantetelco, porque trabajaba en eso de la madera. Era carpintero. Allí murió. Tenía yo tres años.

Andaba yo con un tío mío, el que me reconoció como hijo, hermano de mi mamá. Y ese tío me quería mucho. Siempre, siempre me andaba trayendo al campo, siempre. Él en su caballo, y yo en el mío, un caballito. Vigilaba el ganado. Y ya de ahí, al campo, al trabajo de campo. De otra cosa, no. Nomás siguiendo a mis tíos. Ellos sí sembraban de temporal, pero no necesitaban de peones. Mi tío, como tenía facilidad, ponía gañanes,<sup>3</sup> ponía peones, y él también trabajaba en la siembra. Yo andaba con ellos, cuidando los animales.

Cuando el temporal, ordeñábamos bien temprano. Nos levantábamos y nos íbamos a la ordeña. En la ordeña, ordeñaban ellos. Yo, legalmente, nomás iba con mi tío. Acababan de ordeñar, y dejábamos a los becerros encerrados en un chiquero y nos íbamos a desayunar. Y luego íbamos a sacar los becerros, a modo de que no se juntaran con las vacas, para que no se mamaran. Y ya en las tardes, los encerrábamos y ya nos íbamos. Era de todos los días, todos los días.

No tuve escuela, mi escuela fue la Revolución. Entonces, sí había escuela, pero realmente, pues, nada más así. No eran profesores por parte del gobierno, sino que estaban allí, que los pagaba el pueblo. No los pagaba el gobierno. Y realmente eran buenos profesores porque adelantaba la gente, los alumnos.

Pero, realmente, yo tuve cierta rivalidad con uno que le decían Chicotimba. Se llamaba Francisco. Y nos hacían pelear los muchachos todos los días. Todos los días, a tarde y mañana, me someteban. Pues él era ya más mayor. Y nos hacían pelear los grandes, los mayores. Luego decían:

— Oye lo que dice el Tiqui, que vas ..., y que quién sabe qué, y que quién sabe qué. Mentando la madre.

~~~~~

Cosas que no eran ciertas. Y todos los días nos amaseábamos.

Y ya un día, me vestí de ánimo y agarro mi pizarra, mi manguillo, y me dio muina. Me daba muina, pero le tenía miedo, con franqueza. Y ese día, me decidí y que sacó el manguillo. Se me viene. Le entierro la punta. Los gritotes que daba. Porque le dolía. Pus, dicen que arde la tinta, como tiene alcohol...

— ¡Que se cure!

Yo me fui pal río a esconderme. Y anduve todo el día escondido. Ya muy tarde, que salgo y que me voy para la casa. Ya estaba ahí aquel. Me había acusado con su mamá, que yo le había quebrado la pluma en la frente. Como mi mamá era homeopática, le llevaron el muchacho a que lo curara, que le sacara la pluma.

Y por eso, por esa causa, yo ya no tuve escuela. No había aventajado nada. Era yo nuevo en la escuela.

Ya más tardecito, quiero decir más tiempo, cuando ya había principiado la Revolución, pues ya había soldados, y mi tío, legalmente, no me dejaba juntarme con nadie, con nadie. Porque cuando empezó la unificación, que empezaron a ponerse de acuerdo los que principiaron la Revolución, que ahí estaba Francisco Gracia, de Huaquechula; estaba Camilo Rojas, también de Huaquechula; estaba Francisco Mendoza;⁴ estaba Agustín Cortés; estaba Juan Lima; estaba el de Tilapa, Alejandro Casales. Ésos eran los que se estaban reuniendo en el cerro de Atlihuayán porque toda esa gente que se estuvo controlando son los que perseguía el gobierno, que andaban de malas de distintas partes. Y como se conocían entre ellos —“en la parte fulano está fulano, en la parte zutano está tal”— y así tenían conocimiento entre ellos con quien podían tratar, de toda la gente que andaba de malas.

Y los de las ordeñas, se habían puesto de acuerdo con ellos. Porque esos de Huaquechula, cada año, muy antes de la Revolución, iban a traer toros para



Don Victorino Jiménez Sánchez

amansar. Venían de Tejocupa,⁵ de Huaquechula; venían de San Diego; venían de San Juan Vallarta a traer toros para amansar, para sembrar de temporal. Entonces esa gente, como llegaba ahí a traer toros, sabían quienes eran los de las ordeñas y con quienes podían confiar para que les lleváramos la comida. En las mañanas, o a la hora que podíamos, estábamos sacando los alimentos. Les llevábamos agua. Los cántaros que utilizábamos para la leche, ahí llevábamos el agua. Íbamos a llenar al río y les llevábamos el agua y el alimento, y ya nos veníamos a las ordeñas.

De esa forma fue que se empezaron a organizar por ahí. ¿Quién sabe por otros lugares? Ha de haber sido igual, lo mismo.

Así, que, cuando ya iban a retirarse, nos avisaban que ya no les lleváramos ni tortillas ni agua, porque iban a salir. Ahí nos dirían cuando era necesario que les siguiéramos llevando. Por fin se retiraron. Esto fue en 1909, cuando estábamos sacando los alimentos. Ya a principios del 10, de 1910, ya entonces nos avisaron que suspendiéramos la llevada de los alimentos y del agua. Nos avisaron. Se retiraron.

Y mi tío no me dejaba juntar con nadie. Porque como dice el dicho que “el muchacho y el borracho dicen la verdad”, no me dejaba juntar con nadie. Nomás me andaba trayendo pegadito, ahí y con nadie.

Así es de que llegó el tiempo en que se reunieron. Porque yo creo, el gobierno que estaba de destacamiento en mi tierra ya sabía algo. Evacuó la plaza de mi tierra. Se retiraron. Ya entonces tenían cabida ellos. Entraron aunque sea de noche y ya llegaron. Pero como tenían hartas amistades —y de allí andaba un hermano mío que se llamaba Falomir, y andaba un primo hermano mío de Jantetelco y otros más—, entonces se arrimaron al pueblo a pedir caballos prestados, y el que sabían que tenía pistolita, ahí prestada. Así entraron pidiendo prestado. De

allí se fueron a Rancho Nuevo a sacar caballos, también prestados. De allí pararon a Calmecca, también hicieron lo mismo: pedir armas prestadas y caballos. Por lo regular se hizo número. Ya llegaba un numeral algo avanzado, cuando llegaron al pueblo netamente a pedir pastura pa los caballos y alimento. Se retiraron. De ahí, no me doy cuenta qué rumbo tomaron.

Ya en septiembre de 1910, se reunieron, ya ahí en Tepexco. Se reunieron, ya no acá en el cerro de Atlahuayán, sino que entonces se pasaron a un punto que le nombramos el Matapiojo: del Cerro Gordo para este lado de la barranca. Entonces, le dieron parte al gobierno de Santa Clara, a la hacienda, y a la hacienda de Tenango—mayordomos que tenían en los pueblos, gente que legalmente era gobiernista, que estaba de acuerdo con los hacendados y los cuidaba—: que había un grupo de gentes por allá, por el Matapiojo. Y que les caen ahí. Así se arrebataron. Les hicieron bajas al gobierno. Así mal armados como andaban, pero le pegaron al gobierno. Ya entonces correataron al gobierno. Ya en la noche, así llegaron a Tepexco pegando gritos: "Qué viviera la Virgen de Guadalupe y que viviera Francisco I. Madero". Un alboroto de las vivas allí. Se retiraron. De ahí, se retiraron. ¿Quién sabe qué rumbo tomaron? Pero sí le pegaron al gobierno.

Fue como comenzó la Revolución. La vi. No anduve con ellos, pero la vi. Quiero decir que nosotros les sacábamos alimentos y llevábamos agua. Ya entonces supe por qué les llevábamos alimento. En esa forma fue—como yo me doy cuenta— como se controlaron, como se pusieron de acuerdo acá. ¿Quién sabe por otros lados? Pero aquí en mi tierra, sí.

Por fin que estalló la Revolución. Siguió. Ya al correr de unos cuantos años mataron a mi hermano; mataron a mi primo hermano Nasario Sánchez en Cerro Gordo; a él y un tal Ramón. Porque vinieron a Tenango y agarraron al mayordomo y le quitaron el caballo, la pistola, y le sacaron dinero. Mataron a Ramón y mataron a mi primo porque los acusaron, yo creo. Entraron a Jantetelco a ver sus mujeres, y alguien dio parte a Santa Clara y a Tenango. Éstos entraron a dormir allá en Jantetelco, y, de salida, el gobierno iba para allá. Y ahí en las ordeñas de Jantetelco, está un tecorral así: está del Cerro Gordo, así rumbo al sur. Entonces en ese portillo, los topa-

ron y se arrebataron con ellos. Pero ellos eran dos, el gobierno era mucho. Sí, los mataron. Y nomás dieron parte que fueran a levantarlos. Ya entonces se ahuyentaron de nuevo por ahí. Ya habían matado a esos, y los que estaban por ahí, por la Papaca,⁶ se retiraron. No me di cuenta para dónde lo hicieron. Fue al principio cuando mataron a mi primo y a Ramón, fue en 1910.

Por fin que se prendió la Revolución netamente. Ya cuando se vinieron de nuevo, ya venían bastante gente. Venían al pueblo a pedir tortillas, pastura para los animales, y yo me iba a andar metiendo ahí. Me llamaban la atención. El difunto Marcelino Casarrubia me llamaba la atención que me fuera yo con él. Le decía yo:

— No, estoy muy chamaco. Tengo a mi mamá.

Realmente no me inspiraba, lo que sea. Pues sí, me llamaba mucho la atención este general. Me decía:

— Vente con nosotros. Mira ahí andan estos muchachos.

Andaba uno que le decían El Títere, y ese era hijo de Gil Vega; andaba otro que le decían El Hijo—que no recuerdo su nombre—, también chamaco. Ése era de Zacualpan.

— Te damos de montar buen caballo. Te damos una carabina. Vente con nosotros.

Me enseñaron una Treinta corta.

— No, realmente tengo miedo.

Y por fin no acepté.

Con el General Zapata

Ya tenía como de por sí tres años que estaba la Revolución, 1913; entonces sí, ya me inspiró. Ya habían matado a mi hermano Falomir. Ya habían matado a otro que andaba con él, Atita, que se llamaba Hipólito. Y me inspiró la Revolución. Ya entonces, sí me resolví a irme. Y en 1913, ya entonces me di de alta con Marcelino Rodríguez,⁷ General Marcelino Rodríguez, que pertenecía a la División Mendoza.⁸

Llegué y, en el cuartel en Zacualpan—ahí tenía su cuartel Marcelino Rodríguez—, no estaban ellos. Nomás estaban unos bomberitos, ahí haciendo bombas. Eran artilleros haciendo bombas. Y me llama-

ron la atención y me empezaron a preguntar: que ¿por qué me iba?; y que ¿si no tenía yo mamá?; ¿si no tenía mis padres? Les conté mi historia: que legalmente no tenía más que mi santa madre y un tío. Un tío mío que ése me había criado como si fuera yo su hijo, pero que padre no tenía yo. Me habían dado ganas de irme y me fui con el fin de darme de alta. Bueno, ahí me estuvieron llamando la atención, platicándome: que si ¿no me daba miedo?, y que allí no era juego. Allí no iban a dar confite.

– Se me hace que mejor vete pa tu casa.

Y la mujer que tenía el general era prima mía. Era de ahí, de Jantetelco. También ella me decía:

– No, mira Tiqui –me nombraban El Tiqui, de mal nombre–, mira, vete con tu tío. Ha de andar tu mamá desconsolada, que ni saben de ti.

– Pues sí, pero yo realmente, me inspiró venirme, y a eso vengo.

– Bueno, que venga Marcelino, y ya hablas con él.

Y sí llegó. En ese mismo día llegó como a las tres de la tarde. Que le dicen que ahí estaba un chamaco que iba con el fin de darse de alta. Y dice:

– ¿Dónde está?

– Ahí está con los artilleros.

Estaba yo mirando cómo estaban arreglando las bombas en botecitos ahí, como de salmón, con tocadillo y quién sabe qué le echaban. Eran las bombas de mano que usaban. Y que me van hablar:

– Te habla Marcelino.

Que voy y que lo saludo. Estuvimos platicando, y me dijo:

– ¿Por qué te viniste? ¿Te pegaron? o ¿por qué?

Yo no le dije.

Realmente yo llevaba un delito. Le pegué un balazo a uno que era asistente del General Marcelino Almirra –general revolucionario también. A eso le temía.

Realmente ni supe como estuvo eso. Quiero decir, fue cuestión de que estábamos sembrando ahí en San Marino –de Tenango para acá. Allí estaba el asistente de Marcelino Almirra, trabajando con mi hermano –otro hermano que tenía yo, que se llamaba Gildardo– trabajando ahí, azotando frijol porque le había dado permiso Marcelino que se quedara. Ahí estábamos cuando le pregunté por mi hermano, y me dijo que se había ido para Tenango a echar agua linda, a tomar. Y le dije:

– Bueno, vaya, ¿por qué lo dejas ir viendo que aquí hay trabajo?

Estábamos azotando frijol.

– Pero yo, ¿cómo crees que le gritara, si él es el patrón? Dijo que sí, bueno y se fue.

Bueno, ahí empezamos a vocearnos. Yo estaba chico todavía. Y ya en eso me salí pa fuera, que le iba a tirar a unas godornices que estaban en el tecorrall cantando. Y en eso –hablo con la verdad–, en eso, me dice:

– Bueno, ¿entonces qué?

– ¿Entonces qué?, le voy a tirar a las godornices.

– ¡Qué godornices ni qué nada!

Y tenía un Mondragón y ya de allí me apunta así. También que se lo dejo ir yo, se lo dejo ir... Realmente, le pegué. Ahí en la paletilla le pegó la bala. Y de eso murió, del balazo. Y yo realmente de ese miedo me fui. Y de por sí, ya me daban ganas de irme. No nomás con eso. De ese temor, yo me fui. Lo que sea. Hay que decir las cosas derechas –¿verdad?–.

Y me dice el difunto Marcelino Rodríguez:

– Mira, estás muy chamaco, ¿qué dirá tu mamá?

– Ni modo –le digo– ya me vine.

Pero no le platiqué por qué. Ya después si le platiqué por qué. Ya después si le platiqué, pero ya después.

– Mejor te voy a meter al colegio, estás muy chamaco. Estoy seguro de que no te aguantas ni la carabina. El caballo, pues, no dudo que no sepas montar ni ensillar, pero aseguro que no conoces ni el mecanismo de las armas.

Y realmente sí conocía yo el mecanismo. Como tenían mis hermanos armas, y, pues, ya conocía el mecanismo tanto del Cerrojo, como el de Treinta, Cuarenta y Cuatro, en fin los de Remington que se usaron cuando Madero. Teníamos armas en la casa, en una palabra. Ya le conocía yo el mecanismo.

– Mira –le dice al Hijo, al de Zacualpan.

Andaba con él, con Rodríguez.

– A ver –dice– dale esa carabina.

Que me da un Treinta.

– A ver, dale palanca.

Que le doy palanca. Pues lo conocía yo.

– No tiene nada, ¿verdad? –dice.

– No –dice El Hijo. No, no tiene.

– Ahora, mete los cartuchos.

Pero como ya le conocía yo —¿verdad?—, que los meto. Metí dos.

— Ahora palanquéale.

Que bota el cartucho, y que le doy otro palancazo, y que bota el otro cartucho.

— Pero estás muy chamaco, ¿cómo le conoces el movimiento a las armas?

— Pos usted se da cuenta de que mis hermanos tenían armas, y me fijaba yo como hacían para cargar, para descargar, en fin.

— Pero, no. Mejor te voy a meter al colegio. Vete allí adonde están aquéllos. Ve a comer.

Que le dice a su mujer:

— Qué, ¿ya le diste de comer?

No había yo comido.

— No —dice. Vente a comer.

Pues yo me voy, así, sin conocer. Y que agarro rumbo de Zacualpan. Que le trozo así, para allá. Fui a dar a Yecapixtla. Ahí fui a dar. Pasé por Tetelcingo, por ahí pregunté y que me dan razón, y que me voy pa Yecapixtla. Ahí pues me le fugué a Marcelino. Allí le hablo a unos soldados que estaban allí, que quién era el general. Ahí estaba un capitán primero.

— Oiga, le habla aquí un chamaco.

— ¿Qué se te ofrece chamaco? ¿Qué, vienes a darte de alta?

— Sí, a eso vengo. Vengo a darme de alta.

— Estás muy chamaco. ¿De dónde eres?

— Soy de Tepexco

— ¿Qué, consideras de veras, de veras, irte?

— A eso vengo.

Que dice:

— A ver, enséñele un caballo, el caballo blanco.

Un caballo que tenía, chaparroncito.

— A ver, denle la silla a ver si sabe ensillar.

Me dan la silla y la eché al caballo. La apreté.

— ¿Sabes montar a caballo?

— No, no mucho, pero algo.

— A ver móntame. Arráncalo.

Que da salida el caballo. Le doy vuelta.

— Entonces, ¿de veras te vienes a dar de alta?

— Sí.

— Bueno, que te den zacate pal caballo. Ese caballo vas a andar trayendo tú.

No, pues yo estaba contento. Ya ni del mal que había yo hecho me acordaba. Estaba yo contento

conmigo. Me platicaban y me llamaban la atención. Pues yo como si nada.

Entonces llegó mi hermano allá con Marcelino y que le platica:

— Pos, aquí estuvo, pero realmente se fue porque le dije que le iba yo a meter al colegio. Cuando lo buscamos ni cuenta nos dimos para donde se fue.

Entonces éstos se echaron a buscarme, y les dieron razón: que me habían encontrado por ahí, por el 88, kilómetro 88 de la vía. Iba yo toda la vía, toda la vía. Ya me fueron buscando y, sí, me encontraron. Iba a haber una salida para Atlixco. Iba a ser en Nochebuena. Ya estaba reuniendo la gente para dar salida para Huaquechula.

Que me dice mi hermano:

— Bueno, ¿por qué te veniste?

Y que le platico:

— Realmente porque dijo que me iban a meter al colegio. Yo no vengo con el fin de que me manden al colegio. Vengo con el fin de darme de alta. Así es que aquí me admitió el capitán, pues aquí estoy.

— No —dice—, hoy nos vamos.

Que le digo:

— Pero pa la casa no me voy.

Para esto ya sabían lo que yo había hecho. Ya habían venido al pueblo. Les habían dicho. Sí, ya sabían.

— Bueno entrega todo.

Que le hablan al capitán:

— Mire mi capitán, es mi hermano y ya gastó capricho a irse —dice. Pues que no le veamos a donde queda, o él no vea donde quedamos, me lo voy a llevar. Así es que le entregas el caballo y la carabina. Me lo voy a llevar.

Y así que me trae, y ahí me quedé siempre con Marcelino Rodríguez. Andaba con él. Ahí me fui. Y ya ingresé y seguí la lucha.

Ya a mi hermano luego lo mataron en Amayuca. Y ya sigo yo en lugar de él. Así fue precisamente el principio de mi ingreso a la Revolución.

Entonces estaba el gobierno de Victoriano Huerta, legalmente aquí, al estado de Morelos, lo perjudicó mucho ese gobierno. Echó leva. Fue en el temporal. Dejaban allí las yuntas paradas y, los gañanes y peones que ya estaban útiles para reforzar el gobierno, se los llevaban. Ya entonces nos reforzamos más porque se indignó el estado de

Morelos con Cartón y Juvencio Robles porque fueron los que echaron leva y luego quemaron los pueblos.⁹ Hicieron horrores aquí en el estado de Morelos. Aquí en Atlacahualoya, quemaron cuando Victoriano Huerta. También en mi tierra, cuando Victoriano Huerta. Allí en Tepalcingo, cuando Victoriano Huerta. A Tetelilla, cuando Victoriano Huerta. Ésos fueron los que anduvieron quemando los pueblos para que ya no tuviéramos qué comer. Como los pueblos nos sostenían, decían de este modo:

– Pues, ¿qué comen éstos?

Fue cuando todos los pueblos se quemaron, y los que no quemaron se aventaron a los cerros a sufrir, a por allá. Porque pos, ¿qué en los cerros?

Los ayudaban el General Zapata y el General Mendoza con lo poco que podíamos agenciar. Por ejemplo en Atlixco, en las fábricas de ropa, todo lo mandábamos al General Zapata, al campamento, al General Mendoza, y con eso protegía también él a todos los pobres que estaban en el cerro.

Ya entonces dispuso el General Zapata que hasta morir o vencer: duro tras de Cartón y de Juvencio Robles. Ya entonces ellos habían jalado para Chilpancingo rumbo al puerto de Acapulco. Pero no llegaron ni a Acapulco porque todavía Victoriano Bárcenas era zapatista, todavía no se rendía. Entonces, él entró de allá pa ca. Y a nosotros –la división Mendoza, el General Agustín Cortés, Wilfrido Solano y Jorge Méndez, Juan Lima y nosotros (los de Marcelino Rodríguez), Marcelino Alamirra y otros generales más–, nos puso de acuerdo que nos íbamos a ir sobre de Cartón hasta morir o vencer.

Entonces fue cuando le dimos el jalón y lo acabamos en Chilpancingo. Allí murió su hijo, y le avanzaron a él, a Cartón. Y ya pidió al General Zapata que le permitiera sepultar tan siquiera a su hijo y ya después que dispusieran de él lo que tenían pensado disponer de él. Sí, el General Zapata le admitió. Sepultó a su hijo, y, ya después de que lo sepultó, ahí sí dijo que ya podían disponer de él. Ya entonces fue cuando ordenó el General Zapata a que lo fusilaran.

Pero, para qué le señalo yo, por ejemplo, las emboscadas y los encuentros y todo eso, pues es mucho. Usted sabe, durante seis años, tendría que platicar porque encuentros tuvimos varios. Emboscadas también tuvimos varias. Ataques a hacien-

das: me tocó en Santa Clara, aquí en el estado de Morelos; me tocó en Tenango; la de Tepalcingo también ahí me tocó –dos ataques en Tepalcingo. Y legalmente las órdenes eran de que las haciendas, saquearles todo lo que tenían en las tiendas: mulada, caballada, todo lo que tenían en una palabra. Eso era lo que se hacía: tomando una hacienda, manos libres. Y solamente lo que se evitaba: jalar mujeres. Eso sí, no permitía ningún general, que jalaran mujeres. Porque eso sí cuidaba el General Zapata.

Y como se iban los dueños de las haciendas, dejaban las haciendas libres. Entonces los pueblos allí se habilitaban de azúcar, de maíz y de víveres. Porque ellos eran los que nos mantenían. Así es que de ahí se reforzaban para seguirnos alimentando.

Porque el General Zapata no quiso de por sí recibir ninguna dádiva de los Estados Unidos, de otras naciones. Les dijo –cuando le decían que le daban parque, dinero y lo que necesitara, creo que le daban una tienda– que parque y armas, el gobierno se las daba; que dinero, él sabía donde había dinero. No necesitaba, legalmente, de echarle compromiso a su país. Entonces el pueblo era el que nos mantenía. El pueblo era el que nos daba la pastura pa nuestros caballos, maicito y alimento.

Había veces que los jefes nos daban ahí algo cuando podían. El General Zapata, él veía como hacía y ya nos regalaban cinco pesos, diez pesitos, de cada en cuando, de cada en cuando, aunque sea pa los cigarros. Sueldo ya hubo cuando Carranza, que empezaron a hacer billetes. Porque Carranza tenía su banco de billetes, que eran rojos, y entonces el General Zapata también hizo su banco. Entonces nos daban billetes revalidados. Así les nombraban al dinero de Zapata, revalidado. Yo tenía por ahí unos, pero se echaron a perder. No sé que les pasó. Con eso mismo nos dio algún tiempo sueldo.

Tuvo también su banco de plata cuando estaba trabajando la mina de Tlachichilpa. Entonces, él empezó a acuñar dinero, plata y oro. Entonces empezamos a conocer nosotros las monedas de oro y los pesos de plata, de todo ese dinero que lo refundieron los ricos. Porque todo ese dinero se iba desapareciendo, desapareciendo. No aumentaba. Entonces paró de acuñar dinero, el General Zapata. Porque los pesos del General Zapata eran ligados con oro. Y



FUENTE: Mapa del autor

La región de don Victorino Jiménez Sánchez

todo ese dinero se desapareció. Entonces fue cuando entendió: nos daba sueldo con los revalidados cuando paró de acuñar su dinero porque se estaba desapareciendo. No seguía rolando en el país, caía en mano de los millonarios y lo refundían, y ya no seguía rolando. Entonces fue cuando él empezó a dar sueldos en papel como Carranza.

Ya después, hasta los pueblos tenían su banco: cartoncitos ahí que hacían de a peso; cartoncitos de a cinco pesos; de a diez pesos; y así sucesivamente. Eran cartoncitos. Entonces tan banco tenían los del estado de Puebla, como aquí en el estado de Morelos.

Ya cuando Carranza, pues entonces estuvo duro. Porque ése nos dio más guerra, Carranza. Porque a Victoriano Huerta lo vencimos en 1914, como a mediados, por ahí. No recuerdo la fecha. De ese gobierno, ya después renació Carranza. Ya entonces, éste tomó la silla, el poder. Y ya entonces, fue cuando estuvo más duro pa nosotros.

Entonces había mucha gente zapatista, mucha. Porque ya Aguilar, cuando se avanzó aquí en Jonacate,¹⁰ Higinio Aguilar —ése era del gobierno— juró bandera con tal que no lo mataran. Juró bandera, y le admitió el General Zapata. Al jurar bandera pues

si, ya se reunió con nosotros, con el General Zapata. Así como juró bandera, cumplió. Cumplió porque no se voltió con el gobierno, sino que se sostuvo en la fuerza de Emiliano Zapata.¹¹

Ya entonces Higinio Aguilar tomó rumbo al estado de Puebla. Porque en el estado de Puebla estaban desde Atencingo, Chietla, Matamoras,¹² Atlitxco, por ahí. Entonces atacaron Atencingo. A nosotros nos tocó en Chietla, y de allí se desalojaron. Tomamos la plaza de Chietla y, ya de allí, nos los llevamos. Pasamos a combatir a Colón, y de Colón a Rijo, y de Rijo al Agua Dulce, rumbo a Matamoras. Ya cuando nosotros llegamos a Matamoras, ya estaba el fuego también en Matamoras. Y ya el gobierno, pues, casi se iba aca-

bando. Porque en ese combate murieron bastantes. Puros del gobierno iban muriendo. De nosotros los revolucionarios, pocos: pocos muertos, pocos heridos. Porque ahí hasta unas pobres mujeres murieron, por ahí, por Agua Dulce.

Ya cuando llegamos a Matamoros, ya entonces —como ya se había tomado desde Atencingo, Chietla, Colón, Rijo y de Rijo para allá—, ya los llevábamos ya casi derrotados. Y, pues, hacían frente, pero ya no les servía de nada porque, legalmente, si los íbamos combatiendo duro. Ya llegamos a Matamoros y, ya de Matamoros, le seguimos. Nos fuimos rumbo a Atlixco, tomando por supuesto los pocos destacamentos que había de La Galarza, San José Teruel, de Champuzco, de La Trinidad, hasta entrar a Atlixco. Y ya de Atlixco, igualmente, los agarramos en línea y los combatimos y tomamos Atlixco. Y ya de ahí, nos los llevamos para Los Frailes. Y ahí en Los Frailes, hicieron frente, pero nomás una parada, y se terminó ahí ese gobierno, esos destacamentos que había por ahí.

Ya de allí sí la agarramos pa Cholula. Y también ya en Cholula estaba el fuego bien prendido. En

Puebla, estaban atacando Domingo Arenas¹³ y Juan Olvera, General Juan Olvera. Ya cuando nosotros llegamos a Puebla, estaba el fuego bien prendido, ya le entramos. Ya de allí se tomó Puebla. Llegamos a Puebla, y ya ahí fue el triunfo. Nada más que ya de ahí ya no le seguimos. Ahí terminamos y nos regresamos, ya para acá.

Ya entonces en México, y todo esto de aquí, ya no había gobierno. Quedó sin destacamientos. Nada más como ya no le seguimos, claro que después se reforzaron, y ya fue cuando nos vinieron a atacar de nuevo. Pero tardó un tiempesito regular para que ellos se hubieran organizado más gobierno para atacarnos.

Nos regresamos. Cada quien a su tierra, a donde correspondía, a la zona de cada general. Ahí nos venimos regando. Como ora, Domingo Arenas y Ayaquica¹⁴ se reconcentraron a sus zonas, sus lugares. Y ya de ahí, nos venimos regando la gente para sus lugares.

Yo me fui para mi tierra, para Tepexco. Como venía yo con la gente del difunto Marcelino Rodríguez —y yo pues con él andaba—, entonces ahí había un jefe, y allí me quedé un tiempesito.

Allí en Tepexco, teníamos ya parcelas, pero se puede decir que las habíamos agarrado a la brava porque eran de la hacienda. Muy allá eran de los pueblos. Pero como la hacienda los engañaba, que les daba azúcar, que les daba sarapes, que les daba ropa, y en fin. Pero no porque se los regalaba. Se los daba y ya sabía que las tierras iban a pagar todo. Así es de que cuando éstos volvieron por sí, fue la hacienda, y midieron los terrenos, y se los agarró la hacienda. Porque les decía que nomás le dieran lo de un cuero de buey de terreno. Los viejitos de allá decían:

— ¿Qué tanto ahí mide un cuero de res?

Pero como los hacendados eran listos hicieron el cuero, tiritas. Una correa todo lo que medía un cuero de res por tiritas. La correa era lo que les invadía de terreno. ¿Cómo harían la correa?: delgadita. ¿Qué tanto no mide un cuero de res? Le aseguro que más de doscientos metros. Una ambición de ellos, él hacerlo correa. Y así los engañó. Y así hizo sus terrenos.

Entonces los agarramos y los sembramos nosotros. Puro temporal. Como no había riego, puro tem-

poral. Maíz, frijol, calabacitas, en fin, eso es lo que sembrábamos. Como había dicho el General Zapata: para los pueblos, tierras y agua y libertad. Entonces todavía había revolución cuando nosotros agarramos las tierras, todavía no repartía Lázaro Cárdenas, pero era orden del General Zapata que esos terrenos, que eran de la hacienda, que los recogiera el pueblo, que los sembrara, y así fue. Porque el General Zapata dijo que, para recompensarle al pueblo, iba a repartir. Porque el pueblo era el que había ganado la acción, y entonces tenían la garantía los pueblos de tener tierras y agua. Y sí, repartió. Antes de que fuera la traición de Guajardo, ya en muchas partes habían repartido terrenos por parte del General Zapata. Porque los jefes de cada pueblo eran zapatistas y éstos eran los encargados de repartir los terrenos.

Ya cuando terminó la Revolución, cuando Obregón dio golpe de Estado a Carranza, ya se extendió precisamente, ampliamente, en todo el país, a repartir tierras. Entonces fue cuando Cárdenas fue el que repartió. Fue él que extendió por todo el país a que fueran ingenieros a repartir las tierras. Porque ésa fue la garantía, en gratitud que el gobierno sostuvo a la Revolución, de tierras y aguas, y lo cumplió. Ya no lo vio él terminar por cuestión de que fue el fracaso cuando Guajardo lo traicionó. Pero sí, fue cumplido precisamente el Plan de Ayala que formaron en Ayoxuxtla. Ésa era la garantía que tenía el pueblo, el país, de tierras y agua. Por eso formaron el Plan de Ayala.

Ya después regresó el gobierno, pero tardó para regresar. Se reforzó, y ya, México y Puebla y todas las plazas principales de por acá, atacaba Zapata y, ya por el norte, Pancho Villa. De ahí si no le doy cuenta, cuándo. Ya entonces combatimos con Carranza.

El día 2 de abril fue cuando nos cayó precisamente por acá, ese gobierno de los yaquis de Joaquín Amaro.¹⁵ Y entraron aquí al estado porque nos mataron a Agustín Cortés. Venían de Atlixco y les llegó el parte que ya venían rumbo a Matamoros. Estaba en Matamoros, Agustín Cortés, y tenía una parranda ahí, y, legalmente, estaban casi tomados todos, cuando le llegó el parte. Y como era bien valiente, se va al encuentro. Joaquín Amaro se vino de Puebla por ahí barriendo. Que matan al general

ése, ahí por Teruel. Y ya entonces tomaron rumbo, atacando los pocos que había por ahí. Como estábamos desperdigados, pues, esas plazas estaban evacuadas, y nos mandaron a Joaquín Amaro. Y ése fue el que nos entró aquí a Axochiapan, el día 2 de abril, y permaneció por acá. Entrando ahí, pues permaneció acá en el estado de Morelos.

Y a Joaquín Amaro nunca le pudimos hacer nada en una plaza porque, de verdad, peleaban primero muy duro. Enseguida, que cuando nosotros intentábamos ir a poner algún sitio en alguna plaza, nos caían ellos antes y, claro está, que nos derrotaban. Pero ya entonces pensaban los generales que para dominar a Joaquín Amaro sólo en emboscada. Y así le hicimos. Entonces de Cuautla salió, le hizo para Yautepec, y por ahí se lo llevaron. Y ahí en el Cañón del Lobo, ahí estaba la emboscada. Ve, usted, cómo está el Cañón del Lobo: bien, gente de un lado y del otro. Y ellos iban como va la carretera, ese era el camino real que llevaban rumbo a Cuernavaca. Pero no llegó su gobierno ni a Cuernavaca. Nomás él y unos cuantitos, porque ahí se acabaron todos. Así acabamos el gobierno de Joaquín Amaro.

El gobierno de Carranza nomás unas tantitas casas quemó, nada más casas de los zapatistas. Pero se desabordinó muy feo porque dio mano libre. Porque los carrancistas jalaban mujeres, hacían lo que querían de ellas. Se llevaban el ganado, saqueaban maíz, todo lo que tenían los pueblos. Entonces también se desabordinó la gente. Hubo mucho que se desabordinó. Pero todo eso lo hizo Carranza para poder controlar a los zapatistas: Que les daba garantía, les daba mano libre, que se fueran con él, con goce de sueldo y mano libre: jalar a muchachas y lo poco que había en los pueblos, bueno abusar en una palabra ordinariamente.

Y como les dio garantía, ya entonces muchos se rindieron. Que fue Victoriano Bárcenas y otros más generales que no le sé decir. Pues se empezaron a rendir, se empezaron a rendir con Carranza.

Y realmente nos dio mucha guerra, Carranza. Fue el gobierno que nos dio más guerra todavía. Por cuestión de que casi estábamos peleando con nuestra misma arma porque, como habían andado con nosotros, conocían los campamentos, conocían las casas de nosotros. Entonces perjudicaban a los pueblos —¿verdad?—, en una palabra, abusando, abu-

sando. Pero no obstante, aunque como dice el dicho: "Para los toros del jaral, los caballos de allí mismo", pues no, ni con eso. Porque eran conocedores y seguido nos pegaban. Pero empezamos con emboscadas, y en las emboscadas era cuando les pegábamos, lo que sea.

Por fin que hasta que hicieron creer al General Zapata que se iba a rendir con él, Guajardo. Ya ciertamente ya había desvanecido el General Zapata. No porque se iba a meter con el gobierno, que se iba a rendir o cosa por el estilo. No, porque él estaba en lo dicho —¿verdad?— en cuestión de su plan que había desarrollado y el plan que tenía todavía de compromiso. Ya entonces fue cuando Guajardo llegó. Y yo creo, habló con él. No sé cómo estuvo —¿verdad?— el acuerdo de ellos. Cuando llegó Guajardo, que le dijo el General Zapata que si de veras se iba a incorporar con él, entonces que le hiciera favor de atacar a Cuautla y de traerle a Victoriano Bárcenas.

Entonces se comprometió a atacar a Cuautla, pero no le trajo a Victoriano Bárcenas, sino que trajo a su segundo con su gente e hizo la pantomima que tomó a Cuautla y que tomó a Jonacate y le trajo la gente que pidió él, menos a Victoriano Bárcenas. Ya entonces se los entregó al General Zapata, que los fusilaron. Los fusilaron, y ya de ahí iban a hacer los honores en San Juan Chinameca. Y ya allí, los honores que le hicieron fue para matarlo. No es que se había rendido con él, nomás fue una política, y fue precisamente cuando fue el accidente de él.

Creo yo, no fue el General Zapata, fue un tal Jesús Delgado, el que murió, compadre de él. Era un querido del General Zapata, de mucha confianza, y se parecía mucho al general, en vigor, en color y estatura. Nomás que le pidió el mismo compadre, verdad, su traje entero, y como se parecían... Ya cuando iban a hacer los honores, fue entonces cuando le tiraron, lo mataron. Ése fue el que murió. No murió el General Zapata.

Ora, a nosotros así nos tocó cuando iban a hacer los honores. Porque íbamos atrás nosotros. Ya estábamos en Chinameca, pero nada más que nosotros estábamos encuartelados. Y ya cuando tocaron a reunión, entonces montamos y nos fuimos. Antes de llegar allí, cuando oímos que prendió el fuego. Y pues sí, nos derrotaron, lo que sea. Pues éramos

pocos, y Guajardo llevaba mucho gobierno. Hubo que vernos vencido.

Ya cuando regresamos, ya quedamos pocos que no nos rendimos. Porque se empezó a rendir la gente, y se empezó a rendir. Y solamente Gil Vega, Juan Lima, Jorge Méndez, Timo Sánchez,¹⁶ Jesús Chávez, Gabino Lozano, solamente éstos no se rindieron. Quedamos todavía en pie de lucha, aunque, legalmente, ya éramos pocos, pero andábamos batallando todavía. Allí andábamos batallando todavía porque nos andaban persiguiendo. Los mismos compañeros que habían sido, sabían de los campamentos, por dónde andaban las zonas de los que andábamos todavía afuera, y nos anduvieron todavía combatiendo.

Entonces legalmente estaba yo con el General Pablo Morales. Después de que murió Marcelino Rodríguez, me pasé con don Wilfrido Solano, el General de Tepapayeca para allá. Pero como tuvieron ahí un fracaso, Mocitos –General Mozo– y Wilfrido Solano en Huaquechula. Se pelearon en plena plaza de Huaquechula. Se disgustaron, no sé por qué, pero se disgustaron, y de allí se mataron los dos. Y ya cuando el difunto Wilfrido murió, todavía lo sepultamos, y después de que lo sepultamos había quedado uno de Tepapayeca; entonces nos pasamos la gente de Wilfrido con ese general.

Pero al fin que llegó el día que dio el golpe de Estado, Álvaro Obregón, y nosotros estábamos en espera de eso porque legalmente el General Zapata dijo:

– Ríndanse todos, pero sí les aseguro que si con uno quedo, con ese triunfa la Revolución.

Pos sí, ya estaba seguro que iba a dar golpe de Estado, Obregón.

Cuando Obregón iba a dar golpe de Estado –yo creo–, Carranza se dio cuenta y se chispó todos los poderes de México. Entonces fue cuando salió de México. Y, cuando Obregón llegó a México, ya Carranza ya llevaba salida rumbo a Veracruz.

Ya entonces se fue toda la gente, la poca que había por acá, por el estado de Puebla, y por acá de estos pueblos de Atlixco para arriba, para acá, pa abajo rumbo a Matamoros. Ya entonces se fue la gente.

Yo no fui. Pa que le voy a mentir, no fui. Porque pasaron a traerme, pero yo no fui por cuestión de

que tenía unas vaquitas. Yo bajaba a darles agua al río de Ahuehuevo, cerca de Coatepec, cuando me caen mis compañeros que ya iban de salida. Y ya me habló el jefe:

– Vale, pues ahora vámonos.

Pero como él sabía la situación de mi mamá, que le digo:

– Realmente, no voy. Tú lo has dicho, no por miedo ni porque, hablando groseramente, me rajé yo. No me rajo. La cosa está que sabes que mi mamá no está en el pueblo, y si estuviera allí, de allí no le dejaban ni un animal. Está por acá, en un claro, así es que, ¿a qué me alejo? Aislada, ¿quién le cuida los animales? Me encuentro con este problema, mano, y no voy. Me dispensas.

Y para esto iba uno de mi tierra que le decíamos El Chavaleta –se llamaba Jesús.

Ése iba de infante, iba a pie, y que me dice:

– Si no vas, dale tu caballo aquí al Chavaleta.

Y que le digo:

– ¡Cómo no!

– La carabina.

– La carabina y todo.

Pues yo tenía otra y otro caballo, y ésa era una yegüita colorada, chaparrona, buena viejita. Le digo:

– Ahí está –que me apeo. Así, como está.

Y me decía El Chavaleta:

– Pero, ¿si se muere?

– Que se muera ella, no tú. De eso no tengas pena.

Pues sí, se la llevaron, y yo me quedé. Por eso no fui allá.

Ya cuando regresaron ellos, ya me platicaron que al que le di la yegua lo mataron en Rinconada. Les cayeron allá en Rinconada y allí lo mataron a él. Pero ni modo, ya fracasó. Y yo digo: No me tocó ahí en esa vez. Para que le voy a mentir. Pero estaba yo ya sabedor del golpe de Estado que iba a dar Obregón.

Entonces cuando fue la toma, que dio el golpe de Estado, Obregón, nos venimos nosotros a reconcentrar. Porque toda la gente que fue no se fue con Obregón para México, sino que nos retiramos cada quien a su lugar, a su zona que le correspondía. Y ya los llama Obregón a todos, que se reconcentraran para que allí hicieran su baja. Y nosotros no quisimos. Porque habíamos varios que no nos queríamos

dar con el gobierno, ni rendirnos, menos meternos con él. Ni Pablo Morales ni Jorge Méndez ni Juan Lima. Eran los pocos con los que andaba yo por aquí. No queríamos porque pensábamos que nomás era una cosa así como hizo Guajardo, una traición —¿verdad?—, porque como Álvaro Obregón era del gobierno, y, aunque le dio golpe de Estado a Carranza, pues no estaba muy seguro. Por esa desconfianza, es como nosotros nos reconcentramos para nuestra zona.

Entonces ordenó Obregón que todos los que andábamos todavía alzados en el cerro que nos reconcentramos a nuestros propios lugares, a nuestra tierra, porque teníamos la garantía de que nadie nos perjudicaba y porque si no, íbamos a ser perseguidos como bandidos. Y ya entonces nos reconcentramos cada quien a su tierra. Entonces, todos estuvieron reconcentrados, y, sí, los estuvo licenciando y les estuvo dando algo de dinero. Y nosotros no quisimos por esa desconfianza precisamente. Aunque no fue así, pero sí, así lo pensábamos.

A trabajar

Ya entonces ahí nos reconcentramos a nuestra tierra, a trabajar, a sembrar. Luego que murió mi mamá, me retiré de mi tierra. Porque allí ya había ciertas divisiones. Y unos querían que me pasara yo con ellos, y los otros también. Y yo no quise, realmente, meterme ni con unos ni con otros. Porque ¿cómo iba yo a pelear en contra de los mismos de mi tierra? No, yo les decía que yo era neutral:

- Yo soy neutral; ni con ustedes ni con aquéllos.
- Pero anduviste con nosotros en la Revolución.
- Sí, anduve con ustedes en la Revolución, pero entonces nada más peleábamos con el gobierno —¿verdad?—, con un solo partido. Y aquí, pues, ustedes están divididos. Pues que no debe de ser que, siendo del pueblo, haya cierta división y se anden perjudicando los unos a los otros. No, ya que Dios nos sacó con bien, pues qué voy a pelear yo. Ustedes, porque pelean ahí un pleito, legalmente, como de ambición. Porque si no tienen qué pelear, sino que por las autoridades.

Unos querían llevar la batuta de la autoridad, y los otros igualmente, a no dejarse.

— No, yo con respecto a eso, no.

Y se mataban; y yo, legalmente ya ve, me había salvado de la Revolución. Y luego meterme en ciertas ideas, se puede decir personales, por causa de la ambición de las autoridades y a mí no me convenía porque tan amigos eras unos como eran otros. Y seguido me andaban acosando y dije: no.

Ya había muerto mi mamá. Ya la había sepultado. Y ya en 1924, que vendo todo lo que tenía yo —nomás las vacas me llevé—, que me voy pa Tilapa, como de allá era mi mujer; ahí encantado de la vida.

Luego empezamos a fraccionar las tierras de Colón y Rijo, cuando Cárdenas estaba entrando en posesión. Y órdenes de que se recogieran todas sus tierras de la hacienda. Y ya entonces, nos organizamos y tomamos las tierras. Las gestionamos. Pero como la hacienda todavía estaba fuerte, pues no quería dar la legal. Y ya las agarramos, aunque se solicitaron claro, pero no nos las dejaba la hacienda. Tenía iguala en el gobierno. Pero antes de que nos dieran la provisional, nosotros ya habíamos agarrado la tierra. No vino ingeniero, ni nada. Nomás nosotros agarramos un campo.

Y nos derrotaron porque, legalmente, pues estaban todavía creídos que era el mismo gobierno anterior. Ya entonces estaban en el orden nuestras siembras, y que nos meten a los Federales. Pero nosotros seguimos con la lucha, luchando con el general, con el Presidente de la República.¹⁷

Al fin, hasta que nos mandaron, primero, la provisional, y ya de ahí nos dieron la definitiva. Y ya entonces dejamos el campo que habíamos agarrado y le agarramos lo más bueno a la hacienda, un campo que le decimos el Campo del Limón: bastante agua y tierras amplias y buenas. Éramos dieciocho los que nos organizamos con la familia de los Tapia.¹⁸ Ésos eran los que estábamos de acuerdo con ellos.

Y éramos dieciocho los que estuvimos trabajando para tomar las tierras. Éramos no más de dieciocho, los demás no querían, tenían miedo. Decían que no, que qué íbamos a hacerle a la hacienda —eran hacendados, muy creídos de la hacienda—, que legalmente ellos con fuerzas federales y nosotros, con qué. Sí, también teníamos con qué, pero no teníamos miedo, y todos ellos tenían miedo. Pues no. Y ya cuando nos dieron la provisional, ya entonces se empezaron a

arrimar. Ya éramos como ciento cincuenta. Y todos los que se arrimaron cuando dieron la provisional, tuvieron tierras. Y cuando llegó la definitiva se nos arrimaron muchos, y "ya no hay, ya no hay remedio". Quedaron pues así. Si, les quedó terreno, pero de temporal, de temporal. Y nosotros agarramos riego y temporal porque es bastante el terrenal. Entre dos haciendas está el pueblo, y una hacienda así y otra así.

Y allí un General de Tepapayeca era el que respondía por todo eso, era un general que se llamaba Pablo Morales. Ése fue el que encabezó toda la región, ésa de Matamoros. Y al fin lo mataron los hacendados en Matamoros. Lo agarraron preso y en la cárcel lo mataron. Pues eran enemigos. Éramos enemigos de ellos, de los hacendados. Y lo mataron.

Nos vinieron a matar también a uno en Ahuatlán, un tal Jesús Cortés que era comisariado. Pero en esa vez, les pusimos una emboscada a los de la hacienda, ahí en la cuesta del Tepido. Nos dijo El Pato que habían ido a matar al comisariado en Ahuatlán. Ya entonces que nos juntamos Tilapa, Temaxcalapa, Cuexpala, Coatepec, y que nos vamos pa la cuesta. Sí, habían pasado a Calmecca, pero no lo hallaron. Allí se entretuvieron. Entonces tuvimos tiempo, nosotros, de ponerles una emboscada. Y ya cuando cayeron, ya abajo de la cuesta, ahí que les arrebatamos. Nos largaron todos los caballos, y los espantamos.

Entonces pararon los hacendados de perjudicar al pobre, así. Se dieron por vencidos. Luego llegó la definitiva. Los aplacamos.

Y el de aquí, de Chietla, era un tal Burgos. No me acuerdo su nombre, pero su apelativo era Burgos.¹⁹ También general. Ése también era el que representaba como ..., no como que sí, sino que era agrarista, revolucionario. Ése tenía el control de los pueblos por ahí. Gil Vega también les mató a varios al hacendado al frente de Atencingo.²⁰ Los arrebató a balazos en Lagunillas y de allá se los trajo dándoles hasta Ahuehuetzingo.²¹ Ahí en Ahuehuetzingo los mató y le pisó la sombra a la hacienda. De ahí cuando les decía:

- Quiero dinero.
- Le daban dinero.
- Quiero tomar.
- Pida lo que quiera.

Y así los tuvo. Sólo ése fue el único que quedó de veras, de veras, como luchador.

Ya estaba yo en Tilapa, cuando me mandó a traer Mendoza, porque conocíamos a la División cuando anduvimos en la Revolución, y él tenía ascendente, tenía soldados a su mando, pero nosotros estábamos por allá trabajando. Pero como pertenecíamos a él, nos mandó traer para completar el regimiento. Y ahí estábamos en destacamiento en Tepalcingo, Jonacate y Cuautla.

Ya entonces, Joaquín Amaro mandó a traer a Pedro Saavedra de Guerrero²² y a Mendoza. Porque ése era el jefe de Marina, Joaquín Amaro, el que mandaba, comandaba, los ejércitos. Y estaba resentido porque le acabamos su gobierno aquí, en el Cañón del Lobo. Y entonces políticamente, mandó a traer a Pedro Saavedra y a Mendoza. Que a uno lo iba a mandar para un puerto y a otro para el otro puerto, como de resguardos en esos puertos. Y que se reconcentraran a Celaya. Pero fue una política, fue para desarmarnos y ponernos a trabajar allí.

Y ya entonces que se ataruga Pedro Saavedra y se reconcentra. Y ya después, Mendoza también se atarugó, y que nos mandó llamar; que estábamos en destacamiento en Tepalcingo, Jonacate y Cuautla, y de ahí salimos para México. Y ya de México, que nos vamos pa Celaya. Para eso Pedro Saavedra ya estaba, ya los tenían trabajando, ya los habían desarmado y los tenían trabajando ahí en la hacienda de Sarabia, sacando escombros y todo eso. Ese escombros quedó cuando la Revolución, que echaron abajo esa hacienda. Y los de Pedro Saavedra allí estaban sacando esos escombros. Íbamos en el tren cuando gritaban los de Pedro:

- Ora, compañeros, bájense. Aquí está bueno.

Y nosotros, fantasiosos, les decíamos:

- No vamos a enganche -ni sabíamos lo que nos esperaba-, no vamos a enganche.

- No, quédense. Aquí está bueno. Vénganse.

Y se reían, pues sabían que estaba arruinado allí.

Y ahí nos apeamos en Sarabia y dormimos en Mexicanito,²³ ahí adelantito de Sarabia.

Allí descansamos dos días. Al de tres que nos vamos para Celaya. Andando hasta eso. Ya ni tren ni corrida ni nada, andando nos fuimos para Celaya. Luego nos dieron el cuartel de San Antonio en Celaya. Cuartelazo que casi como tanto del pueblo,

un poco menos. Lo ha de conocer usted, ahí en Celaya, Guanajuato. Allí estaba el cuartel de San Antonio. Ese cuartel lo tenía Joaquín Amaro, ahí tenía los yaquis, ahí tenía los inválidos. Y es un cuartelazo extenso, tanto abajo como en el segundo piso y en la azotea. Así de que estábamos como presos allí. Llegamos allí, y allí nos metieron. Aunque poníamos guardias —nos daban pues ese chance—, pero ni sabíamos lo que nos esperaba.

Y ya el día 1° de septiembre, ya ahí que nos llaman a una revista en la Alameda. Que iba a llegarle el sueldo a todos —porque nos debían dos meses de sueldo— y que se iba a rayar. Y que nos vamos.

Ordenaron a los jefes que marcháramos pa la Alameda. Y ya de ahí a desfilar para un campo, que hicimos un simulacro para el 16 de septiembre. Y ya ahí tenían las herramientas, y a tumbar unos mezquitos que apuradamente los abrazaba uno entre dos, pero unos mezquitísimos. Y con unas sardinas, a tumbar los árboles. Y otro a picar a modo de decapar, de poner en condiciones a ese campo, que fue el simulacro para el 16. Ahí dieron una tarea bien dura: la venganza de ese ingrato.

Allí andaban los capataces, capitancillos pues, jefecitos:

- Méntanle, méntanle que es para ora. Méntanle.
- Caray, pero ni en mi casa trabajo así.

No, ya todos ampollados de las manos, allí con la hacha, duro y duro, y con las sardinas que le nombran ahí para tumbar arbolísimos, y picando y picando. Otros limpiando un apache, un colector como de cuerpo de un hombre, ensolvado. Estábamos fastidiados, estábamos fastidiados. No dejaban ya mero ni comer.

El día 13, que nos oponemos. Y fue Joaquín Amaro hasta allá a llamarnos la atención, que siguiéramos trabajando. Y dijimos que no trabajábamos, en una palabra:

- Legalmente haga de nosotros lo que a usted le convenga, pero no vamos.
- Bueno, no los obligo —pero político—, no los obligo. No quieren, pues no. Pero mañana van hacer instrucción a la Alameda.
- Está bien.

Hasta ahí. Sí, se fue luego. Nosotros quedamos anchos. Pero que —fijese usted— en la azotea nomás estaban con las ametralladoras. En el segundo piso,

igualmente. Así es que estábamos bien encerrados. No se quitaban día y noche de ahí con las ametralladoras, nomás esperando un movimiento de nosotros, y nos acababan. Estábamos sitiados. Gobierno bastante, y nosotros ¿qué?; un regimiento. Éramos pocos.

Y esa noche, en ese día, mandó llamar a Mendoza al cuartel, a su oficina. Y que nos llama el General Mendoza. Que lo acompañáramos, que iba a tener una entrevista con Joaquín Amaro. Ya llegamos allí. Se saludaron y estuvieron platicando un rato. Muy rabioso, Joaquín Amaro, riéndose. Sabía lo que tenía intentando con nosotros. Ya luego que acabamos de platicar así:

— Bueno, Mendoza, ¿te acuerdas que en el Cañón del Lobo me acabaste mi gobierno? Desde Yautepec, me agarraste y me llevaste hasta el Cañón del Lobo. ¿Te acuerdas que ahí me acabaste la gente? Pos de buenas, me escapé yo y unos cuantitos. Pero aquí me pagas los elotes que te comiste.

Y dice:

- Pues ni modo. ¿Te acuerdas? —dijo.
- Sí, me acuerdo —le dijo Mendoza—; sí me acuerdo, ¿cómo no? Es verdad, pero también ¿cuántos mataste injustamente, pobres pacíficos, sin deber nada? Ni modo, está hecho, y ya lo hice y no me rajo.
- Está bien. Bueno a trabajarle.
- Lo que tú mandes.

Ya en la misma noche que regresamos al cuartel, y que va un correo, y que le dice a Mendoza:

— Chispate tú, Chucho Bateria —su yerno—, Aldama —un capitán de Tepetzingo— y Manuel Domínguez —el de Xalostoc. Porque querían quebrar a éstos. Chispense lo más pronto que puedan.

Y agarraron un libre y se van pa México.

Estaba allí Obregón, que van a verlo. Dice Obregón:

— Yo mando legalmente, pero como él es el de la Guerra, Guerra y Marina —dice—, ahorita está a su mando toda la Federación. Nomás manda a uno de los que te acompañaron, y que tengan cuidado ahí.

Al día siguiente llega el Coronel Manuel Domínguez. Llega con nosotros, dice:

— Está luchando para que nos reconcentren a México, y nos vamos a reconcentrar para México, pero no sabemos cuándo ni a qué horas.

Y ese día que nos llevan a hacer instrucción a la

Alameda. Y ahí nos tuvieron como zopilotes, formados alrededor de la Alameda. Y ya como a las diez y media, que me dice un muchacho de Tepalcingo que se llamaba, o se llama si vive, El Milagro:

- Ya me da pa un jarrón.
- Si quieres, vamos a romper filas y vamos.
- Y ¿si pasan lista y no estamos?
- Llegamos, chupamos y media vuelta.
- Se animó.
- Vamos.

Dimos vuelta por la estación. Que le agarramos para el Zócalo. Estaba lejecitos, tenía como tres o cuatro cuádras. Llegamos, y allí vendían calentito. Que nos echamos un jarrito, uno cada uno, y media vuelta. ¿Cree que en ese rato que bajamos, cuando regresamos, ya tenían todo el armamento afuera? Así es que nosotros ahí, y el gobierno quitando, sacando, todas las armas que teníamos allí en el banco de armas. Desarmaron a la guardia y se posesionaron del banco de armas. Se las llevaron. Le digo a Milagro:

- ¡Mira!
- Ahora sí, doblamos, manito.
- Ni modo, mano.

Llegamos antes de que pasaran lista y les platicamos a los camaradas:

- Ya, pues, somos de ellos, ya ni qué.

Ya como a la una de a tarde:

- Ora pa allá, pa'l campo.

Y le dimos duro, queríamos acabar en un día. Por fin pues aguantamos, y el 16 hicieron el simulacro. Todavía no acabábamos. El 16 no trabajábamos. Ya el 17, a la trilla. El 18, el 19, y que llega la orden: Que nos remitieran para México. Ya llegó el tren. Salimos como a las diez de la noche de Celaya, ¡quién sabe a qué horas llegaríamos a México! Ni cuenta me di. Total que amanecimos en la estación de Buenavista, allí en el tren. Ya en ese día, nos encuartelaron allí, pero ya libres. Y sí, estábamos allí esperando que nos pagaran. Y ya como por el 25, nos pagaron y nos dieron ahí 90 pesos de gratificación, de propina. Para entonces un peso era peso.

Ya me fui pa Tilapa y cuando llegué a Tilapa, ya me habían quitado la tierra, me desparcelaron.

Entonces me vine para Alchichica, y ahí me puse a trabajar. Allí en Alchichica hice un banco. Abrí un banco que me dieron para que picara yo piedras,

como propio -¿verdad?-, pero legalmente no me gustó. Es que, legalmente, yo le tuve temor porque es que una vez estaba desatracando con barreta y me fui. Pos de buenas caí a un lado, no me cayó la piedra encima. Sino me mata.

Ya ahí que me voy pa Lagunillas. Ya en Lagunillas, que me meto de matancero, matando chivos y haciendo barbacoa. Allí dilaté matando. Ya después que me meten flota a mí y a otro chivero, un matancero de res. Porque las mujeres, en lugar de comprar cecina e irla a cocer, pues veían primero, mejor comprar barbacoa para el almuerzo y pa la comida. Claro está que el matancero, pues ya tenía poca venta. Y entonces que nos denuncia a Chietla. Pero como vivía el difunto Gil -el general-, que le hablo. Le digo:

- Realmente, me pasa esto.
- ¿Quién?
- Don Pedro
- No cabrón, si es bien rico. Si él mata ganado, pero de él. No lo compra.
- Porque mire usted -le digo-, mató un buey y le avisó a todo el real que fueran a traer carne regalada, que se las iba a regalar. Y sí, se las regaló. Pero a él qué le duelen, son de él.
- Pero mira, mañana no voy. Pasado mañana, te paso a traer, y vamos a Chietla, a ver al presidente.
- Sí, lo cumplió. Pasó por mí, y que vamos a Chietla a ver al presidente. El habló:
- Veníamos a esto: realmente están matando clandestinamente. Yo mismo les dije que mataran -dice-, pero si les costea, le siguen y si no les costea, clausuren. Así es de que a eso vengo, con ese convencimiento, y a recomendártelo.
- No tengan cuidado, síganle.

Por nuestro santo, que le seguimos.

Y por fin que ese señor nos siguió insultando. Ya entonces insultando, y, legalmente, ya no me convino. Cualquier día nos vamos a dar de carambazos. Un día llegó a insultar tan feo que, pues, cualquiera pierde la paciencia. Paré de matar, ya no seguí matando.

Entonces que me voy de nuevo pa Tilapa. Había hartito terreno vacante, buen terreno, nomás que, donde nos habían dado, eran tierras mejores y, aquí adonde agarramos, eran tierras vírgenes. Nunca habían sembrado la tierra. Nada más que eran sali-

trosas, eran ciénegas. Ya entonces, de los que teníamos, nos pusimos de acuerdo y abrimos lo poco que pudimos —¿verdad?—, según nuestras circunstancias. Nomás se reían de nosotros:

— Ésos van a sembrar sal y van a recoger sal.

Y bueno, se burlaban de nosotros. Abrimos ahí unas cuchillas de terrenos y le metimos máquina; dimos vuelta con yunta y que plantamos arroz.

Nomás se reían de nosotros:

— Pobres, aquí van a quedar más encuerados que lo que están.

Ahí no, no se rieron de nosotros. Nosotros nos reímos. Abordamos. Nomás pagamos plantadores. Y caray, nos devengó tanto que mire, acá se puso el arroz. Por Dios, que nos dio buena armada ese año. No nomás ese año. Le seguimos. Sí, pues eran tierras vírgenes, bien encarnadas. Agua, teníamos un pozo por allá que ni lo usaban. Y nosotros hicimos una acequia para meter el agua allí. Agua limpia, porque no era ni agua del río, de pozo. Y se nos puso bueno, lo que sea. Éramos seis nada más los que agarramos ahí. Tenían desconfianza. Y luego que vieron que se nos puso bueno y que se empiezan a ofender. Ya de ahí paré de andar por allá. Pues ahí iba yo sacando pa comer y ya ahí me sostuve.

Para esto un caballo me quebró la pierna. Y esa noche que me llevaron por muerto a la casa; la señora que tenía yo estaba bien trabada de alacrán cuando yo ni cuenta me daba. Llegaron y me aventaron ahí, como una cosa cualquiera. Nomás que mi cuñada se dio cuenta. Estaba cuidando a su hermana y que sale ahí:

— No sean ingratos, métenlo pa dentro. ¿Cómo lo dejan ahí tirado en la tranca? Métenlo pa dentro.

Ya entonces me meten pa dentro. No, yo ¿qué cuenta me daba?; iba yo privado. Ya cuando volví en sí, ya entonces me di cuenta que estaba trabada de alacrán. Estaba ahí mi cuñada con ella.

Todavía no me aliviaba yo, cuando murió ella. Se murió ella, sí. Ya quedé solo. Luego este Manuel, el hijo que tengo, era chiquito, como de cuatro a cinco años.

Ya vendí allí la huertita, vendí todo lo que tenía yo. Porque compré una huerta y tenía yo un amacigo y allí trabajaba yo cuando se murió ella. Y lo vendí todo. Me salí de allá en 1940.

Y como no me había yo aliviado bien, no podía

andar. Porque este hueso se me chispó. En una subidita así, no podía yo subir, ni en bajada. Porque me había quedado la planta del pie de una pieza. Ya entonces que me voy pa Cuautla. Allá un marido de una sobrina mía, sabía curar, componer huesos. Ya me fui para allá, y ya él me arreglo, me compuso. Ya de allí que me vengo pa mi tierra, ya ni me fui pa Tilapa. Me vine pa mi tierra. Ahí estuve, y ya de allí ya me invitaron a que viniera yo a sembrar acá, a Atlacahualoya.

Ya me vine para acá. Y trabajé siete años con Cecilio. Ahí caí con él, de pión. Y estuve trabajando con él, siete años. Mi cosechita, la iba yo guardando. No me dejaban ir ya de allá, de la casa. Nomás le cuidaba los animales yo en las secas y, ya en el temporal, a sembrar. Y ya de allí me mantenían el pico, me daban de comer, me arreglaban mi ropa. Nomás gastaba yo para el vicio y para mi ropa, para mí. Y tenía yo algo de maicito. Lo iba yo prestando a rédito. Iba yo guardando.

Ya cuando se trató de que repartieran ahí donde tengo la tierra, aquí en el potrero, que me invitaron a trabajar ahí y que me daban ahí unas tareas; me sostuve con ese maicito que tenía yo, y le entré. Trabajamos ahí, hicimos presa, hicimos canal, hicimos el jaguey, hicimos de riego ahí, y yo me gané veinticuatro táreas. Me gané ese terreno, esa tierra que tengo.

Rubén

Sí, anduve yo con Rubén.²⁴ Fue que estábamos en una cantina, yo y don Juan. Él ya había hablado con Rubén, y quedaron de hablarse en otra ocasión. Y ese día estábamos tomando allí —yo y don Juan—, cuando le habla don Francisco a don Juan.

— Juanito.

— Quihubo, chico.

— Mira, les habla ahí un amigo, pasen.

Dejamos la cantina y nos vamos para donde estaba él. Ya que lo saludamos y nos ponemos a platicar allí de la Revolución. Y dice:

— También fuiste zapatista, ¿verdad?

— No. Soy todavía. No me quito el nombre de ser zapatista.

— Qué bueno —dice. Bueno y ¿si te llegara invitación

de un amigo, así con respecto a seguir la lucha en bien del pueblo, te animarías?

— Pues, mirando el plan que lleva, pues fácilmente me animo. Porque me han hablado. Mire: cuando El Tallarín me hablaron, y no quise;²⁵ cuando Barreto me hablaron, y no quise; cuando Almazán, les digo: “sí le entro”.²⁶ Pero pues lo agarraron por allá, por Estados Unidos, y ya no lo dejaron venir. Entonces ya nosotros ya estábamos alzados. Andábamos con Marcelino Alamirra y otros más —le digo—, pero legalmente pues falló. Y ya que mandan decir que nos reconcentráramos en nuestro lugares, que había garantías. Y ya nos reconcentramos. Y aquí estoy. Y si se llega a ofrecer que reconozca yo que es un plan que sea en bien del pueblo, en bien de la colectividad —digo—, estoy de acuerdo.

— Está bueno. ¿Con quién anduviste?

Ya que le digo:

— General Piña, Sánchez,²⁷ Corona, Catalán —le digo— y pues todos los jefes que andaban por acá.

— ¿A poco conociste a Lolo Oliván?²⁸

— ¿Cómo no? Lo conocí. No anduve con él, pero si lo conocí en reuniones —le digo. Cuando se trataba de ir a atacar algún punto, ahí nos juntábamos.

Y él me veía, y yo lo veía así. Por fin que me dice:

— Entonces bueno, si conociste a Lolo Oliván, a mí ¿no me conociste ahí?

— Pues entre tanta gente, ¿cómo iba a conocer? Sólo con los que anda uno lo más. Pero como nosotros éramos de otra zona, y Lolo pertenecía a Guerrero —le digo—, pues realmente no me acuerdo. La fisonomía no se me hace extraña —le digo—, pero realmente no, no me acuerdo.

— Bueno, dejemos eso.

Y ya nos dijo la lucha que íbamos a sostener. Ya me dice:

— Estás de acuerdo, Vito.

— Pues sí. Es el mismo plan del General Zapata. Estoy de acuerdo.

Ya quedamos de acuerdo. Ya cuando se trataba de reunirse en alguna parte para hacer acuerdos según él tenía pensado, me mandaban llamar. Iba, y ya cuando se trató de irse ya con él, dice:

— Vaya, ahora sí, no te vas. Te quedas.

— Sí, está bien, me quedo.

Ya en esa vez fue cuando me fui con él.

Y andábamos sobre la lucha, principalmente, de

la gente que perjudicaba a los pueblos. Su lucha fue en inconformidad de que iban a matar el ganado, el ganado corriente.²⁹ Después, de los sorteados. Que no se los llevaran al ejercicio fuera de su pueblo, porque agarraba al instante, y les costaba el pasaje, alimento y dejar sus hogares.³⁰ Entonces era la inconformidad de él, que no estaba de acuerdo. Sí estaba de acuerdo que participaran con respecto a eso de los sorteos, pero que fuera en sus pueblos. Y sí, le concedió el gobierno. La matazón de ganado también paró porque ya andábamos fuera de nuestros hogares.

Ésa era su lucha: del bien del pueblo y que no hubiera injusticias ni mal gobierno. Porque cuantos llegaban a agarrar que estaban de acuerdo con Rubén, tantos mataba la Judicial. Y ése era su pleito principalmente de él: las injusticias. Y la persecución era dura en contra de él. Él tenía que defenderse a como diera lugar. Lo que sí le suplicaba al gobierno federal, que no perjudicara, ni él perjudicara tampoco a los Federales porque eran hijos de campesinos. Y no era justo que entre él y los hijos de los campesinos, fracasaran. El pleito lo tenía con la Judicial, porque era la cobarde que andaba haciendo todavía sus hechos. Y como el mal gobierno existía en varios estados, no nomás acá en Morelos, sino que, en varios estados, perjudicaban mucho al campesino, los de la Judicial. Porque no quería nada con el gobierno federal; él perseguía a la injusticia. Ése era el plan de él, que hubiera garantías en los pueblos.

Entonces fue lo de Liborio Carrillo, el hacendado, el dueño del terreno ése. Ahora, no fue secuestro. No fue secuestro. Es que quería hablar con él, ponerlo de acuerdo si estaba de acuerdo con el plan que perseguía él. Pero como se negó, se escondió, no compareció, entramos. Entramos, pero no compareció. En eso ya nos íbamos porque su hija de él quería irse con nosotros. Pensaba que éramos de la Judicial y decía que sí se iba con nosotros. Pero se orientó que no éramos de la Judicial. Entonces le habló a su hermano, a Juan. Que Juan estaba envuelto en su sarape, que decía que estaba malo de calentura. Y no era que estaba malo de calentura, sino que de miedo estaba escondido. Y fue y le habló a su hermano:

— Mira hermano, vete tú en lugar mío. Yo no voy.

Ya entonces se paró Juan y, sí, se fue con nosotros. Pero no fue secuestro, no fue.

Así se imaginaron y así criticaron a Rubén que había secuestrado a Juan; pero no fue secuestro. Yo lo vi y me di cuenta porque fue ese enfado, no perjudicado. Que si le robó dinero, y se robó tantas armas, bueno cosas que le acomodaron, cosas que no fue cierto. Pistolas, sí. Eso sí, efectivamente. Pero con respecto a que se hubiera abusado en cuestión de como saqueo, no fue así. En todas las cosas, le ponen de más. No son las cosas como son.

Ya cuando Cortines era Presidente de la República, querían que nos rindiéramos. Pero él les dijo que de rendirse, no se rendía. Que si le admitía que fuera un reconcentramiento entonces ayudaba a su candidato, a López Mateos. Y si no, realmente él seguía. Pero que él entregara armas y se rindiera, no. No permitía. Y sí, reconcentró el Presidente de la República, y lo puso de acuerdo López Mateos y nos admitió al reconcentramiento; pero no rendimiento, reconcentramiento.

Y fuimos al Pedregal, pues ahí vivía López Mateos, y ahí fuimos a hablar, presentarse las manos con López Mateos. Entonces ya ayudó Rubén con 6 000 almas para su candidato. Que se admiraban los de México que, legalmente, dónde tenía tanta gente, que si toda esa gente andaba con él. Decíamos que sí.

– Bueno, pero ¿a dónde estaban?

– Pos allá, en sus propios lugares.

Y cuando vino un militar –vino un militar a tener una entrevista, una conferencia con él en Amatlán, allí teníamos el cuartel–, entonces me dijo que si podía entrar acá:

– Quiero que vayas a tu pueblo a poner de acuerdo a unos camaradas tuyos más cercanos para que se nombre un comité. En Axochiapan, otro.

Y de avisarles que tenía que venir para que se nombrara un comité. Y sí, venimos.

Después de que fue el candidato que quería ser, iba a ser Presidente de la República López Mateos, vení y ya entonces recorrí nombrando comités de Zacatepec, Jojutla. Por allí me vine: Cuautla, Tepalcingo, Axochiapan y aquí hasta Atlacahualoya. Después del comité, se organizó más gente. Sí, porque cuando vino a hacer el mitin aquí, se organizaron más de acuerdo.

Unos ya murieron y otros viven, pero existe, existe. Y estamos organizados. Y ahí existimos la mayoría de los compañeros, tanto de los que anduvimos de pie con Rubén, como los comiteses y pueblos que estaban de acuerdo con él. Es una organización activa. Y ahora estamos de acuerdo en arreglar precisamente la organización de Rubén Jaramillo. En eso estamos, que sea reconocida por parte del Presidente de la República. Y posiblemente, después de la ida, del encuentro de Veracruz –un encuentro de la Coordinadora Independiente Nacional Plan de Ayala–, lo hagamos porque ya está cerca. Después de que vengamos, vamos a procurar activarle a nuestro reconocimiento y tenemos encomendado recorrer a todos los compañeros. Bueno, como yo y Tapia fuimos los únicos que nos fuimos a andar con él en su lucha, entonces tomó él en cuenta aquí a este pueblo. Y aquí fue el principio del mitin, que le puso el nombre de Atlacahualoya heroico, porque aquí se reunió todo el pueblo, todo el pueblo en ese mitin.

Ya entonces cuando fuimos la segunda vez a México, ya para tomar posesión López Mateos, entonces fuimos como 11 000 almas; ya entonces le entregó Cortines a Rubén el amparo.

Ya estaba amparado, entonces ya era libre de recorrer los estados.

Fue una lucha muy avanzada, por eso lo traicionaron, porque veía el gobierno que todo el país estaba con él. Porque, en México, estuvimos ocho meses cuando lo andaban persiguiendo. Y allí teníamos el amparo de muchas organizaciones que se pusieron de acuerdo con él. Si no lo han traicionado, estoy seguro que nuestro país fuera otro. Porque él proclamaba la misma lucha de la revolución de Zapata.

Ya cuando fue el reconcentramiento, cuando López Mateos, pues ya nos desperdigamos. Nos desperdigamos cada quien a sus hogares. Pero ya había garantías. Ya entonces me vine para acá.

Así que para cuando lo fueron a sacar de su hogar, no estaba allí. Como ya estaba amparado, estaba seguro. Decía que estaba seguro. Pero sabíamos, así por voces, que, de por sí, tenían ganas de matarlo, de terminar. Y claro está, como estaba muy confiado por medio del amparo que tenía –pues andaba bien confiado–, ya no consideraba tener ningún peligro.

Lo entregó un tal Alberto de Jojutla —ése fue el que lo entregó— muy amigo de él, de mucha confianza.³¹ Pero ése, aparte de esa faena, le hizo otra. Le quemó las cañas ahí en Jojutla. Estando él allí en las cañas, lo denunció. Él lo entregó, le metió el gobierno. Le prendieron las cañas alrededor y lo sitiaron. Pero justamente allí donde estaba, de allí salió. Y tenía unas bombas de dinamita y las dejó allí. Cuando salieron, que lo iban persiguiendo, y atrás iba la aventada, como los conejos, cazando cuando saliera, reventaron, hicieron explosión las bombas. Que los desperdiga a los Federales que iban atrás de la lumbre. Pero ya con Rubén, ya se estaban dando por allá, y salió. Fue ésa la primera hazaña que le hicieron en Jojutla.

Sí, era de mucha confianza, de eso, pues andábamos con él. Pos éramos veintidós, los que andábamos con él de pie.

Pero a resumidas cuentas, cuando él se confió mucho, nos empezamos a retirar de andar allí permanentemente con él, y cada quién reconoció su lugar. Y yo me vine para acá, pero iba yo una vez a la semana.

En esa semana que fracasó, yo fui el miércoles a hablar con él. Lo fui a buscar aquí, al campamento a Tetelcingo. Ahí estaba el campamento, un rancho. Era un rancho que estaba ahí, existe ese rancho. Ya era propiedad de él, y con su casa ahí; pero ahí vivía nomás. Tenía su siembra allá en Tlaquiltenango, y me dijeron que se había ido para Tlaquiltenango. Allí tenía sus terrenos él. Y ese año tenía plantado arroz, que tenía unos peones allí. Y yo me fui a buscarlo a Tetelcingo, y me dijeron que se había ido para Tlaquiltenango. Ya entonces me fui para Tlaquiltenango y, sí, lo hallé el día miércoles. Y allí estuvimos platicando. Y ese mismo día me regresé para acá.

Resulta que el sábado se corrieron voz que ya lo habían matado. Ya lo habían matado.

Y ya no fui el domingo, sino que fui hasta el día lunes. No llegué a su casa, sino que llegué en casa de un compadre de él, que tiene una tiendita. Y allí fui a preguntar. Y me dijo que sí era cierto, que lo habían matado. Y ya me platicó que allí llegaron esos hechos, los que lo mataron, a la tiendita esa, y que allí estuvieron esperando, mientras el que estaba de espía daba cuenta que allí estaba. Y me



Don Victorino Sánchez

platicó que mero iba a servir la comida su mujer, cuando el espía vio que ya estaba el movimiento para los alimentos y que le va a avisar a aquéllos. Estaban vestidos de Federales. Eran pistoleros. Fue y les avisó que era hora, que iban a estar ya los alimentos, y ya se fueron de ahí. Está la tiendita, de la esquina así, lado norte, y, nomás daba vuelta así en la esquina, adelante, está su zaguán. Que le entran, uniformados de Federales, pero no eran Federales. Ya le hablaron, y salió él porque estaba muy confiado. No llevaba ni pistola. La dejó allá en la casa. Al ver su mujer que le echaron al coche, sale ella, y le hablan:

— También usted.

Salen los hijos. La de malas de los tres hijos que ni andaban con él, estaban por otro lado. Pero ese día, a esa hora, allí estaban. Y salen los tres hijos, y que van a hablarles:

— También ustedes.

A los cinco, que se los llevan. A los cinco, los mataron.

Y ya se sabía que de por sí iban a decepar ese árbol. Que no quedara ni la raíz. Ya se sabía por voz. Es que lo habían contado por ahí y así lo hicieron. No acabaron con ellos, porque no estuvieron allí. Quedaron sólo Raquel y su mamá, fueron los únicos que quedaron. Y así fue.

Pero fue cuestión de que eran pagados, no por el gobierno. Porque le culpábamos a López Mateos, que él era el responsable de ese asesinato. Y se disculpó: Que no había sido su gobierno, que eso habían sido pistoleros de paga. Y yo a fondo, a fondo, no lo sé. Pa que voy a mentir, pero se sabe que no fue el Presidente de la República el de la intriga ni el gobierno. Sino que de por sí, le tenían mala voluntad los de Zacatepec, el gerente de Zacatepec. Ése fue el que contrató a esos pistoleros, a que por engaños lo sacaran y lo mataran. Tanto que cooperaron varios. Se sabe que Liborio Carrillo dio 10 000 pesos. Fue una cooperación. Y sí, así fue, fueron pistoleros de paga porque los conocieron, porque los uniformes los prestó un capitán de Zacatepec.³² Ése fue el que prestó los uniformes y las armas para irlo a asesinar. Así fue.

Protestamos ser firmes a la lucha del pueblo

Cuando me mandó a ver, que hablé con Rubén aquí en Atlacahualoya, ya entonces fui a conocer el Evangelio. Fue entonces que le entré un tiempo a esa secta evangélica. Porque mi familia, mis sobrinos y mis hijos eran evangélicos. Y es que éramos muy tomadores, yo y Baldomero: le hacíamos a la yerba y al pisco..., bueno, jugadores. Todo teníamos. Y ya entonces mis hijos me llamaron pa allá, pa Tilapa. Porque tengo mis hijos allá. Y esos agarraron esa secta evangélica. Y de que veían que andaba yo ahí, casi en la perdición, y que me hablan con respecto del Evangelio. Y les digo:

— Bueno, a ver cuándo.

No, como que no le tomaba yo atención. Y tanto y tanto que le digo a mi sobrino Baldomero que está acá, le digo:

— Mira mano, ¿cómo no mejor reconocemos la secta aquélla?

No, es que estábamos ai de borrachos, ai parranderos y de los vicios. Como él ya había tenido muchos golpes del muerto, estaba bien atrofiado de la vida, y pues me tomó atención. Y ya el día que hacen juntas allá, que me lo llevo. Y ya entonces

agarramos esa secta de esos sobrinos. Y ellos siguen. Bueno, yo, legalmente, no he dado pie atrás porque reconozco que es buena la secta, nomás que la sepa uno corregir.

Hace unos años me insistió uno de mi tierra, a que metiera yo mis hojas de servicio a la Defensa Nacional,³³ y yo le dije:

— Mira, yo realmente no voy muy bien de acuerdo. No —dije.

— Pero mira —dice—, tanto sufrir. Porque tan tú conoces los sufrimientos, como yo también. Tú te das cuenta, y yo, mira, ya soy reconocido, y ya me empezaron a pensionar —dice. Caray, hay que aprovechar algo.

— Pero mira, yo, legalmente, tiempo para eso no tengo. Tengo trabajo, y significa dinero. Y realmente, pues, ya vi que nomás son engaños del gobierno. Yo —le digo—, en Tilapa, conocí a muchos que ya se murieron todos y no aprovecharon nada. Se murieron con el deseo de estar pensionados —le digo— y no voy a meterme para andar pa allá y pa acá, y últimamente no haya nada.

— Pues mira, Víctor, yo soy quien ha hecho tus hojas de servicio, como ya estoy reconocido —dice—, yo te arreglo.

El me hizo las hojas de servicio y las metí; pero allí quedaron.

Ya entonces ya estábamos con el grupo de aquí de Tepalcingo, luchando para arreglar la casa pa meter la cebolla, que es una máquina donde se van seleccionando las cebollas: 1ª, 2ª, 3ª clase. Que ahora es de la Unión de Ejidos de aquí, de San Nicolás.³⁴ Ya entonces como veterano me reconocían y me tomaron confianza. Y yo ya metí a algunos compañeros de los de la organización que pertenecemos ahí a la Unión de Ejidos. Y ya entonces me organicé con ellos.

Y ya después fui a ver a Mateo Zapata, a darme a reconocer con él. Y ya tuve más amplitud. Ya entonces se trató que iban a nombrar la Coordinadora Independiente Nacional Plan de Ayala y me convinó. Dejé a Mateo y que me paso con la Coordinadora. Pues, es el mismo plan, el mismo Plan de Ayala.

Ya la pensión no me convinó por lo que le digo: Es cosa de que legalmente, el gobierno nomás hace engaños y ya no fui. Me quedé. Mejor me convinó la

Coordinadora, porque es el mismo plan. Porque como protestamos ser firmes con el General Zapata, ser firmes a la lucha del pueblo, entonces no me conviene, legalmente, ya meterme con el gobierno. No me conviene. Y entonces qué confianza. Y ahí no, porque hasta ahorita cuando se ofrece de cualquier encuentro de los estados, me mandan traer.

Y le digo a usted, allí están casi todos los intelectuales a nuestro favor, gente que pues, legalmente, lucha por el bien del pueblo. Precisamente, yo conocí varios. Sino, ¿qué necesidad tenía yo de andar por allá gastando mis centavitos? Pero por ser leal y darles el ejemplo a los de ahora y a los de mañana —¿verdad?—, pues seguí por el bien de los de más allá. *

Notas

- 1 Este texto fue presentado en 1984 al concurso *Mi pueblo durante la Revolución*, organizado por el Museo Nacional de Culturas Populares, en aquel entonces bajo la dirección de Guillermo Bonfil. Los treinta mejores relatos serían premiados con su publicación, un diploma y un pago en efectivo. Dado que don Victorino ya había fallecido, el texto se presentó a nombre de su viuda —o más bien bajo el nombre con el que yo la conocía—, Linda de Jiménez, para que, en caso de que fuera incluido por el jurado entre los 30 mejores —como de hecho sucedió—, ella pudiera recibir el premio en representación de su difunto marido. Los editores de la obra que recogía los textos premiados en el concurso, *Mi pueblo durante la Revolución* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1985, 3 vols.), alegando que el relato desbordaba el marco temporal de la Revolución Mexicana, publicaron sólo la primera parte de éste (vol. II: 7-27). Ahora, gracias al interés que Gilles Bataillon mostró por esta autobiografía, el texto se publica por primera vez completo. Con ello, cumplo con la deuda contraída hace muchos años con don Victorino.
- 2 La hacienda de Santa Clara de Montefalco, junto con la de Santa Ana Tenango, pertenecía a Luis García Pimentel. Estas dos haciendas formaban la propiedad territorial más grande del estado de Morelos y cubrían la casi totalidad de la región oriental de este estado, desde las faldas de los volcanes hasta los límites con Guerrero: Arturo Warman, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*: 53-54, Ediciones de la Casa Chata, México, 1976.
- 3 El gañán es el jornalero que maneja la yunta.
- 4 Francisco Mendoza, ranchero de Chietla, habría de ser uno de los generales zapatistas más importantes. A la muerte de Emiliano Zapata, Mendoza fue un serio candidato a su suce-

- ción: John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*: 79 y 330-340, Siglo XXI, México, 1972.
- 5 Tal vez don Victorino se refiera al pueblo de Tejupa.
- 6 Don Victorino se refiere probablemente a Papaxtla. En el siglo XVIII, este pueblo era parte de la alcaldía mayor de Cholula, con el nombre de San Miguel Papaxtla: P. Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España. 1519-1821*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000, 118 p. No hemos podido localizar este pueblo en los mapas actuales.
- 7 En memoria de este ilustre general zapatista, el antiguo pueblo de Santa Clara Montefalco lleva hoy en día su nombre.
- 8 La división que estaba al mando de Francisco Mendoza.
- 9 El General Juvenio Robles había sido designado por Madero para acabar con la rebelión zapatista y pacificar el estado de Morelos. Para llevar a cabo esta tarea, puso en práctica la llamada política de recolonización que consistía en sacar a los campesinos de los ranchos y aldeas para meterlos en campos de concentración ubicados en las fuercas de los pueblos más grandes, donde se les podía vigilar más fácilmente. La puesta en práctica de este plan de recolonización se hizo enviando al ejército federal a saquear y a incendiar todos los centros de población que se sospechaba simpatizaban con los zapatistas. Esta brutal política, en vez de aminorar la rebelión, la incrementó, por lo que Madero retiró a Robles del estado de Morelos. Victoriano Huerta al tomar el poder volvió a llamarlo para que luchara contra los rebeldes zapatistas. Robles recurrió a los mismos métodos que había empleado anteriormente. El Coronel Luis G. Cartón que le secundaba tenía fama de ser aún más destructor e incendiario que él: J. Womack Jr., *op. cit.*: 134, 144 y 155-167.
- 10 Jonacatepec.
- 11 El General Higinio Aguilar había sido prefecto de Cuernavaca durante la presidencia de Madero. En 1913 cayó preso de los rebeldes del sur, en la batalla de Jonacatepec. Zapata le perdonó la vida y le permitió unirse a sus fuerzas. Amigo de Juan Andrew Almazán, se alió luego a Félix Díaz, y más adelante, a Manuel Peláez: J. Womack, *op. cit.*: 39-40, 163-164, 218-219, 259, 297 y 335.
- 12 Izúcar de Matamoros.
- 13 Dirigente campesino de Tlaxcala que en un primer momento se unió a la lucha zapatista, pero que posteriormente se pasó al bando constitucionalista: J. Womack, *op. cit.*: 168, 268-269, 277, 279, 287-289 y 293.
- 14 Fortino Ayaquica, obrero textil de Atlixco, que se unió a las fuerzas zapatistas en 1911.
- 15 Don Victorino se refiere a las tropas constitucionales integradas por indios yaquis, y comandadas por el General Joaquín Amaro.
- 16 Timoteo Sánchez.
- 17 Sobre la lucha agraria en la región, véase David Ronfeldt, *Atencingo. La política de la lucha agraria en un ejido mexicano*: 20-50, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- 18 Tal vez se refiera a la familia del General Rafael Sánchez Tapia, quien fue candidato a la Presidencia de la República, en las elecciones de 1940, y que en 1938, incitó a los campesinos a invadir las tierras del ingenio de Atencingo, las cuales, por medio de una maniobra legal, habían sido distribuidas en forma colectiva a los trabajadores del ingenio: D. Ronfeldt, *op. cit.*: 48.
- 19 Probablemente se trata de Sabino Burgos: J. Womack, *op. cit.*: 351.
- 20 Gil Vega fue Presidente Municipal de Chietla en 1934, y uno de los principales líderes agraristas de la región: D. Ronfeldt, *op. cit.*: 30.
- 21 Estación Ahuehuetzingo, Puebla. Sobre este enfrentamiento,

- véase D. Ronfeldt, *op. cit.*: 31.
- 22 General zapatista que operaba en el estado de Guerrero: J. Womack, *op. cit.*: 258.
- 23 Se trata, seguramente, del pueblo de Mexicanos, Guanajuato.
- 24 Don Victoriano se refiere evidentemente a Rubén Jaramillo.
- 25 Enrique Rodríguez -El Tallarín- era un veterano zapatista que entre 1935 y 1938 se alzó con los cristeros: A. Warman, *op. cit.*: 210-211.
- 26 En 1940 un grupo de partidarios de Juan Andrew Almazán, candidato a la presidencia, se levantaron en armas cuando el gobierno del General Cárdenas declaró vencedor, en las elecciones, a Manuel Ávila Camacho. La rebelión no prosperó porque Almazán se exilió en los Estados Unidos, abandonando a su suerte a sus seguidores: Jean Meyer, *La Revolution Mexicaine*, Calmann-Levy, París, 1973, 221 p.
- 27 Seguramente don Victorino se refiere a Timoteo Sánchez.
- 28 Dolores Oliván, coronel zapatista que empezó operando en el distrito de Chiguitla, bajo cuyo mando combatió Rubén Jaramillo: Rubén M. Jaramillo y Froylán C. Manjarrez, *Rubén Jaramillo. Autobiografía y asesinato*, Nuestro Tiempo, México, 1973, p. 15.
- 29 A fines de 1946 se produjo en México una epidemia de fiebre aftosa, enfermedad contagiosa que ataca al ganado vacuno. Bajo la presión de Estados Unidos, el gobierno mexicano decidió combatir la epidemia, matando al ganado enfermo o sospechoso de estarlo. Para 1947, se habían sacrificado medio millón de reses. Esta política, conocida como del "rifle sanitario", provocó un gran descontento entre los campesinos. Tanto Rubén Jaramillo, como la Unión Nacional Sinarquista, se opusieron firmemente a ella. Ante la amenaza de una insurrección campesina inminente, el gobierno dio marcha atrás y decidió combatir la fiebre aftosa, vacunando el ganado: Jean Meyer, *El sinarquismo y un fascismo mexicano?*: 213-216, Joaquín Mortiz, México, 1979.

- 30 En 1942, al entrar México en la Segunda Guerra Mundial, se decretó el servicio militar obligatorio. Los campesinos de Morelos se opusieron a esta medida, que veían como una nueva leva. En varios pueblos del estado, los hombres se alzaron en armas, obligando al gobierno a negociar, y sólo unos pocos jóvenes fueron reclutados. A este movimiento se conoce con el nombre de "la bola chiquita": véanse A. Warman, *op. cit.*: 211 y Ramón Ramírez Melgarejo, *La bola chiquita, un movimiento campesino, Los campesinos de la tierra de Zapata, I. Adaptación, cambio y rebelión*: 165-221, Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1974.
- 31 Don Victorino se refiere seguramente a Heriberto Espinoza, a quien la hija de Rubén Jaramillo -Raquel- acusó de haber ayudado a los asesinos del líder campesino. La confusión de don Victorino proviene tal vez de que el diminutivo de Beto se aplica tanto a las personas que llevan el nombre Alberto como a las que tienen el de Heriberto: R. M. Jaramillo y F. C. Manjarrez, *op. cit.*: 128.
- 32 Don Victorino hace referencia al Capitán José Martínez del destacamento de Zacatepec, quien -según declaró Raquel Jaramillo- comandaba al grupo que asesinó a su padre. Unos meses, después cerca de Teloloapan, Guerrero, se encontraron los cadáveres de Heriberto Espinoza y de José Martínez, seguramente muertos por seguidores de Rubén Jaramillo: R. M. Jaramillo y F. C. Manjarrez, *op. cit.*: 129 y 145-146.
- 33 El amigo de don Victorino hace referencia a los trámites necesarios para obtener la pensión que el Estado otorgaba a los veteranos zapatistas.
- 34 La Unión de Ejidos de San Nicolás es una organización que agrupa a varios ejidos de la región y que entre otras cosas ha adquirido una máquina empaquetadora de cebollas, lo que permite a los ejidatarios de la región prescindir de los intermediarios para vender sus cosechas.

TRACE 40

Exclusión, exclusividad e integración



Sophie Hvostoff

Le nouveau visage indien de San Cristóbal de Las Casas. Dynamiques d'intégration et redéfinition des frontières ethniques

Leila Ben Amor

Télévision et intégration. Remarques préliminaires sur le rôle joué par la télévision dans les processus d'intégration nationale au Mexique

Emilio Duhau

Políticas habitacionales e integración. Los cambios en la era neoliberal

Dominique Mathieu

L'invention des beaux quartiers à Mexico

David Dumoulin

Nuevas imbricaciones entre patrimonio cultural y patrimonio natural

Coord. Dominique Mathieu

CEMCA